

### III

#### LAS PERIPECIAS DE LA EVASIÓN

Veamos ahora lo que había pasado aquella misma noche en la Fuerza.

Habíase concertado una evasión entre Babet, Brujón, Tragamar y Thenardier, aunque Thenardier estaba incomunicado. Babet había dirigido el negocio, como se ha visto por las palabras de Montparnase á Gavroche. Montparnase debía ayudarles desde fuera.

Brujón, como había pasado un mes en el cuarto de corrección, había tenido tiempo de tejer una cuerda y madurar un plan. En otros tiempos, estos lugares severos en que la disciplina de la prisión entrega al criminal á sí mismo, se componían de cuatro paredes de piedra, de un techo de piedra, de una cama de campaña, de un tragaluz enrejado y de una puerta forrada de hierro, y se llamaban *calabozos*. Hoy el calabozo se considera como una cosa demasiado horrible, y se compone de una puerta de hierro, de un tragaluz enrejado, de una cama de campaña, de un suelo de losas de piedra, de un techo de piedra, de cuatro paredes de piedra, y se llama el *cuarto de corrección*. Al medio día se ve en él un

poco. El inconveniente de estos cuartos, que, como se ve, no son calabozos, es dejar pensar á los seres á quienes se debería hacer trabajar.

Brujón, pues, había meditado y había salido del cuarto de corrección con una cuerda. Como se le creía muy peligroso en el patio de Carlomagno, se le trasladó al edificio nuevo, y lo primero que encontró allí fué á Tragamar y lo segundo un clavo; á Tragamar, es decir, el crimen; un clavo, esto es, la libertad.

Brujón, cuyo carácter debemos pintar completamente ahora, era, bajo la apariencia de una compleción delicada y de una laxitud profunda, un criminal inteligente y un ladrón que tenía la mirada agradable y la sonrisa atroz. Su mirada era el resultado de su voluntad y su sonrisa el resultado de su naturaleza. Sus primeros estudios en el *arte* se habían dirigido á los tejados; había introducido grandes progresos en la industria de los ladrones de plomo que levantan los emplomados y abren las gateras por el procedimiento llamado, entre ellos, *de doble grasa*.

Lo que en aquel momento hacía más favorable una tentativa de evasión era que los plomeros repasaban y componían parte del empizarrado de la cárcel. El patio de San Bernardo no estaba enteramente aislado del patio de Carlomagno y del patio de San Luis. Había por la parte más alta andamios y escalas, ó en otros términos, puentes y escaleras del lado de la libertad.

El Edificio nuevo, que estaba lo más agrietado y lo más decrepito que puede imaginarse, era el punto más difícil de la cárcel. Las paredes estaban tan roídas por el salitre, que había sido necesario cubrir con un entablado las bóvedas de los dormitorios, porque solían desprenderse de ellos piedras que caían

sobre los presos en la cama. A pesar de esta decrepitud, se cometía la falta de tener en el Edificio nuevo á los acusados más peligrosos; de encerrar allí las «causas graves», como se dice en el lenguaje carcelario.

El Edificio nuevo tenía cuatro dormitorios superpuestos y una mole encima, que se llamaba Buenos Aires. Un ancho tubo de chimenea, que probablemente había sido de alguna cocina de los duques de la Fuerza, partía del piso bajo, atravesaba los cuatro pisos, cortaba en dos partes todos los dormitorios, figurando una especie de pilar aplanado, que pasaba al otro lado del techo.

Tragamar y Brujón estaban en el mismo dormitorio y por precaución habían sido encerrados en el piso bajo. La casualidad hacía que la cabecera de sus camas estuviese apoyada en el tubo de chimenea.

Thenardier estaba precisamente sobre su cabeza en la mole llamada Buenos Aires.

El transeunte que se detiene en la calle Culture-Sainte-Catherine, más allá del cuartel de los Bomberos, delante de la puerta-cochera de la casa de Baños, descubre un patio lleno de flores y de arbutos en cajas, en cuyo fondo se eleva entre dos alas una pequeña rotonda blanca, adornada con postiguillos verdes; el sueño bucólico de Rousseau.

No hace aún diez años, por cima de esta rotonda se levantaba una tapia negra, enorme, horrible, desnuda, á la cual estaba unida. Aquella era la pared del camino de ronda de la Fuerza.

Aquel muro detrás de la rotonda, era Milton visto por detrás de Berquin.

Por más alto que fuese este muro, aún le excedía un tejado más negro aún y situado por detrás. Era el tejado del Edificio nuevo. Descubriáanse en él cuatro buhardillas con reja, que eran las ventanas de

Buenos Aires. Una chimenea atravesaba el tejado: era la chimenea que pasaba por los dormitorios.

Buenos Aires, aquella gran buhardilla del Edificio nuevo, era una especie de panera abuhardillada, cerrada con triples rejas, y puertas forradas de palastro y cubiertas de clavos desmesurados.

Cuando se entraba en ella por la parte del Norte quedaban á la izquierda las cuatro buhardillas y á derecha, haciendo frente, cuatro espacios cuadrados, bastante grandes, separados por estrechos corredores de mampostería hasta cierta altura, y desde allí hasta el techo de barras de hierro.

Thenardier estaba incomunicado en uno de estos calabozos desde la noche del 3 de Febrero. No hemos podido saber por qué medios había adquirido y tenido oculta una botella de ese vino inventado, según se dice, por Desrues, que tiene un narcótico y que la secta de los adormecedores ha hecho tan célebre.

Hay en muchas cárceles empleados traidores, medio carceleros y medio ladrones, que auxilian en las evasiones, que venden á la policía una servidumbre infiel y sisan la comida á los presos.

En aquella misma noche, pues, en que Gavrochillo había recogido á los dos niños perdidos, Brujón y Tragamar, que sabían que Babet, escapado por la mañana, les esperaba en la calle con Montparnase, se levantaron silenciosamente y empezaron á agujerear, con el clavo encontrado por Brujón, el tubo de chimenea que estaba tocando á su cama. Los yesones que se desprendían caían sobre la cama, de modo que no producían ruido alguno.

El turbión y el trueno conmovían las puertas sobre sus goznes y producían en la cárcel un estrépito horrible y útil. Algunos presos que se despertaron aparentaron volverse á dormir y dejaron trabajar á Tragamar y á Brujón.

Brujón era diestro y Tragamar vigoroso; así es que antes que el menor ruido llegase al vigilante, acostado en la celda enrejada que daba al dormitorio, estaba ya atravesada la pared, escalada la chimenea, forzada la reja que cerraba el orificio superior del cañón y en el tejado los temibles bandidos. La lluvia y el viento redoblaban; el tejado estaba resbaladizo.

—Qué buena rachi (1) para una chalada (2),—dijo Brujón.

Un abismo de seis piés de ancho y ochenta de profundidad les separaba de la pared de ronda. En el fondo de aquel abismo se veía relucir en la obscuridad el fusil de un centinela. Ataron por un lado á los pedazos de las barras de la chimenea que acababan de retorcer la cuerda que Brujón había hilado en su calabozo, echaron el otro extremo por cima del muro de ronda, atravesaron de un salto el abismo, se balancearon en el caballete del muro, le saltaron, se deslizaron uno después de otro por la cuerda hasta un tejadillo que llegaba á la casa de Baños, tiraron hacia sí la cuerda, saltaron al patio de la casa de Baños, le atravesaron, empujaron el postigillo del portero, á cuyo lado pendía el cordón, tiraron de éste, abrieron la puerta-cochera y se encontraron en la calle.

No hacía más que tres cuartos de hora que se habían puesto de pie sobre sus camas, en las tinieblas, con el clavo en la mano y el proyecto en la mente.

Algunos momentos después se unieron á Babet y á Montparnase, que vagaban por los alrededores.

Al tirar de la cuerda la habían roto y había que-

(1) Noche.

(2) Huida.

dado un pedazo atado á la chimenea en el tejado. No habían tenido más contratiempo que haberse despellejado enteramente las manos.

Thenardier estaba prevenido aquella noche, sin que se pudiese saber de qué manera había recibido aviso, y no dormía.

Hacia la una de la mañana, en medio de la profunda obscuridad de la noche, vió pasar dos sombras por el tejado, por entre la lluvia y el viento y por delante del tragaluz que daba frente á su calabozo. Una de estas sombras se detuvo en el tragaluz el tiempo suficiente para dirigir una mirada: era Brujón. Thenardier le conoció y comprendió lo bastante.

Thenardier, señalado como peligroso, y detenido como acusado de una emboscada á mano armada, estaba vigilado por un centinela de vista, que era relevado cada dos horas, y se paseaba con el fusil cargado por delante de su calabozo. Buenos Aires estaba iluminado por una lámpara. El preso tenía unos grillos de cincuenta libras de peso. Todos los días á las cuatro de la tarde un carcelero, escoltado de dos perros de presa—porque esto se hacía en aquella época,—entraba en su calabozo, ponía cerca de su cama un pan negro de dos libras, un cántaro de agua y una escudilla de un caldo bastante claro en que nadaban algunas habas, reconocía los grillos y golpeaba las rejas. Aquel hombre volvía dos veces por la noche con sus perros.

Thenardier había conseguido que le permitieran conservar una escarpia de hierro que usaba para clavar el pan en una hendidura de la pared, con objeto, decía, de «preservarle de los ratones». Como estaba vigilado, no se había encontrado ningún inconveniente en dejarle esta escarpia. Sin embargo, luego se recordó que el carcelero había dicho:—Más valdría dejarle una escarpia de madera.

A las dos de la mañana fueron á relevar al centinela, que era un soldado viejo, y fué reemplazado por un quinto. Algunos momentos después el carcelero, con sus perros, hizo la visita y se retiró sin notar nada, excepto la mucha juventud y el «aire de paisano» del «pistoletero». Dos horas después, á las cuatro, cuando iban á relevar al quinto, le encontraron dormido y tirado en el suelo como un madero cerca del calabozo. En cuanto á Thenardier, ya no estaba allí. Los grillos estaban rotos en el suelo. Había un agujero en el techo y otro más arriba en el tejado. De la cama había sido arrancada una tabla que había desaparecido. Cogióse también en el calabozo una botella medio vacía que contenía el vino narcotizado con que había sido dormido el centinela. La bayoneta de éste había desaparecido también.

Cuando se descubrió todo esto, se creyó que Thenardier estaría ya fuera de alcance. Pero en realidad, si no estaba ya en el Edificio nuevo, se veía aún en gran peligro.

Thenardier, al llegar al tejado del Edificio nuevo, había encontrado el resto de la cuerda de Brujón que colgaba de la reja de la cubierta superior de la chimenea; pero aquel cabo roto era muy corto y no había podido pasar por cima del camino de ronda, como habían pasado Brujón y Tragamar.

Cuando se vuelve la calle de Ballets á la calle del Rey de Sicilia, se descubre casi de repente á la derecha una gran rinconada. Había allí en el siglo último una casa, de que no queda más que la pared maestra, verdadera tapia de un caserón que se eleva hasta la altura de un tercer piso por entre los edificios antiguos. Distínguese esta ruina por dos grandes ventanas cuadradas que aún se ven; la de en medio, que está hacia la derecha, está atravesada por una viga podrida sujeta por otro madero.

Al través de estas ventanas se distinguía antes una alta y lúgubre pared, que era un trozo de la muralla del camino de ronda de la Fuerza. El hueco que la casa demolida ha dejado en la calle está ocupado en su mitad por una empalizada de tablas podridas, apuntaladas por cinco guardacantones de piedra. En aquel recinto se oculta una pequeña barraca apoyada en la pared ruinosa. La empalizada tiene una puerta que hace algunos años estaba cerrada con picaporte.

A la cima de esta pared era adonde había conseguido llegar Thenardier á las tres de la mañana.

¿Cómo había llegado allí? Nunca se ha sabido ni se ha podido explicar. Los relámpagos debían haberle auxiliado y molestado al mismo tiempo. ¿Se había servido de las escalas y andamios de los pizarreros para pasar de un tejado á otro, de una manzana á otra, de los edificios del patio de Carlomagno á los del patio de San Luis, de aquí al muro de ronda y de aquí al caserón de la calle del Rey de Sicilia? En este trayecto había soluciones de continuidad que le hacían al parecer imposible. ¿Había usado la tabla de una cama como un puente desde el tejado de Buenos Aires hasta la tapia del camino de ronda y se había arrastrado como una culebra al rededor de la cárcel hasta el caserón? La tapia del camino de ronda de la Fuerza formaba una línea dentada y desigual, subía y bajaba, descendía hacia el cuartel de Bomberos y se elevaba hacia la casa de Baños, estaba cortada por varios edificios y no tenía la misma altura por el hotel Lamoignon que por la calle Pavée; por todas partes presentaba líneas verticales y ángulos rectos; además, los centinelas habrían visto en este caso el sombrío peril del fugitivo; y aún así, el camino recorrido por Thenardier queda casi inexplicable. La fuga era, pues, imposible de

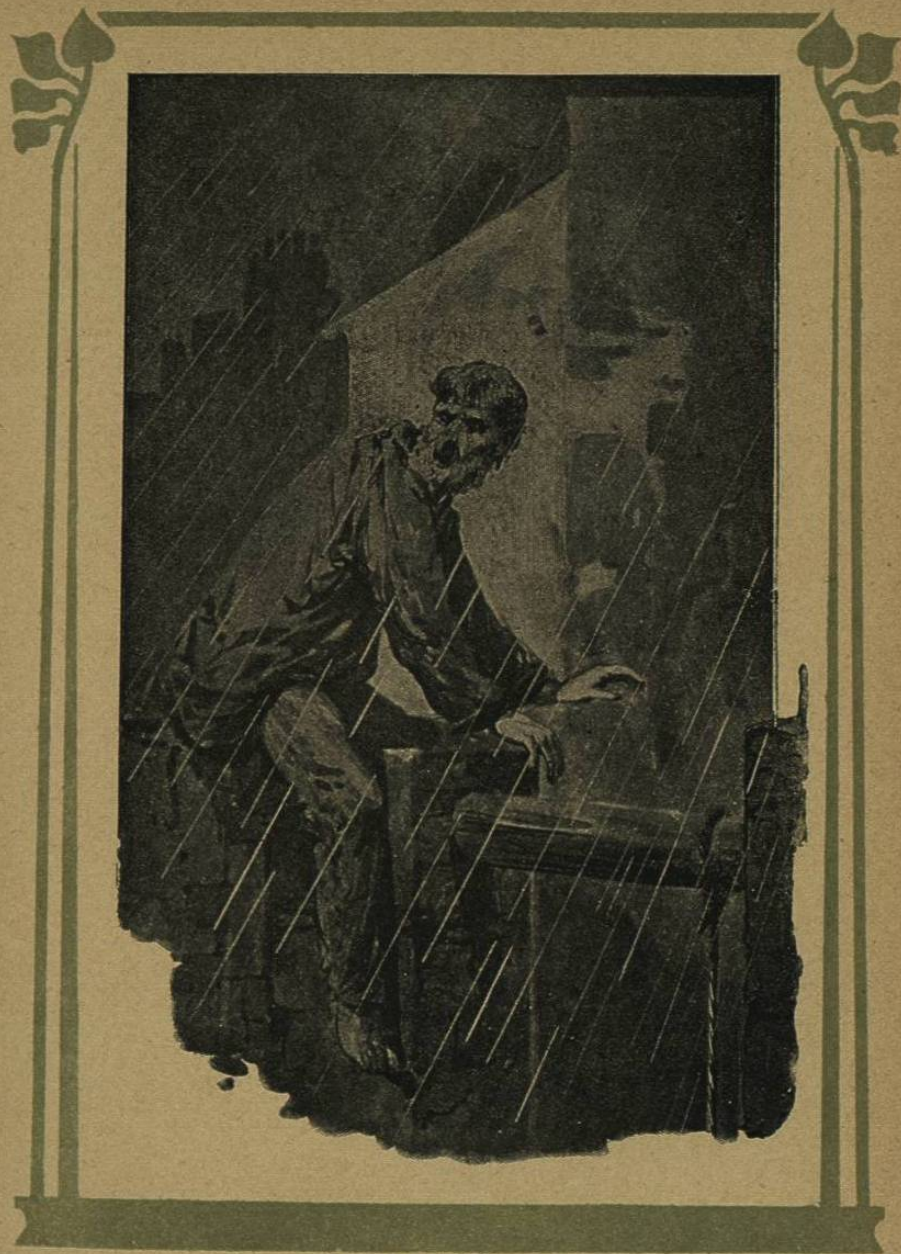
ambas maneras. Thenardier, iluminado por esa terrible sed de libertad, que transforma los precipicios en fosos, las rejas de hierro en enrejados de mimbres, la debilidad en fuerza, un gotoso en un gamo, la estupidez en instinto, el instinto en inteligencia y la inteligencia en genio; Thenardier, decimos, ¿había inventado é improvisado un tercer medio? Nunca se ha sabido.

No siempre es posible explicarse las maravillas de una evasión. El hombre que se escapa, lo repetimos, está inspirado; hay algo de las estrellas y del relámpago en el misterioso fulgor de la fuga; el esfuerzo hacia la libertad no es menos sorprendente que el vuelo hacia lo sublime; y se dice de un ladrón escapado: ¿cómo ha escalado esta pared? lo mismo que se dice de Corneille: ¿quién le ha inspirado tal escena?

Sea como fuere, Thenardier, goteando sudor, mojado por la lluvia, rotos los vestidos, destrozadas las manos, sangrientos los codos, desolladas las rodillas, había llegado á lo que los niños en su lenguaje figurado llaman *el corte* de la pared ruinosa, y allí, faltándole la fuerza, se había echado á lo largo. La altura vertical de un tercer piso, le separaba del empedrado de la calle.

La cuerda que tenía era muy corta.

Allí esperaba, pálido, rendido, perdida toda esperanza, cubierto aún por la obscuridad de la noche, pero diciéndose que iba á venir el día; aterrorizado ante la idea de oír dentro de algunos instantes las cuatro en el reloj próximo de San Pablo, hora en que irían á relevar al centinela, le encontrarían dormido y verían el techo agujereado; mirando con estupor á una profundidad terrible, á la luz de los faroles, el suelo mojado y negro, aquel suelo deseado y terrible, que era la muerte y la libertad.



Evasión de Thenardier

Se preguntaba si sus tres cómplices de evasión habrían salido bien, si le habrían esperado y si venían á su auxilio. Escuchaba: excepto una patrulla, nadie había pasado por la calle desde que estaba allí. Casi todos los hortelanos de Montreuil, de Charonne, de Vincennes y de Bercy que iban al mercado, bajaban por la calle de San Antonio.

Dieron las cuatro: Thenardier tembló. Pocos instantes después, aquel rumor confuso que sigue á una evasión descubierta, estalló en la cárcel. El ruido de puertas que se abren y se cierran, el chirrido de las rejas sobre sus goznes, el tumulto del cuerpo de guardia, las roncadas voces de los carceleros, el choque de las culatas de los fusiles en los patios, llegaban hasta él. Algunas luces subían y bajaban á las ventanas enrejadas de los dormitorios; una antorcha corría por el último piso del Edificio nuevo, los bomberos del cuartel próximo habían sido llamados. Sus cascos, iluminados en medio de la lluvia por las antorchas, iban y venían por los tejados. Al mismo tiempo, Thenardier veía del lado de la Bastilla una claridad pálida, que blanqueaba lúgubrementemente la parte baja del cielo.

Estaba, pues, en lo alto de una pared de diez pulgadas de anchura, sufriendo, echado, la lluvia, con dos abismos á derecha é izquierda, sin poder moverse, presa del vértigo de una caída posible y del horror de una prisión segura; su pensamiento, como el badajo de una campana, iba de una de estas ideas á la otra: —Muerto, si caigo; preso, si me quedo.

En esta angustia, vió de pronto en la calle, que aún estaba oscura, á un hombre que se deslizaba á lo largo de la pared y venía del lado de la calle Pavée, detenerse en la rinconada, encima de la cual estaba Thenardier como suspendido. A aquel hombre se unió otro que marchaba con la misma precau-

ción, después llegó un tercero y después un cuarto. Cuando aquellos hombres estuvieron reunidos, uno de ellos levantó el picaporte de la puerta de la empalizada y entraron los cuatro en el recinto en que estaba la barraca. Se encontraba precisamente debajo de Thenardier.

Aquellos hombres habían escogido evidentemente aquel rincón para hablar, sin ser vistos de los transeuntes ni del centinela que guarda el postigo de la Fuerza á algunos pasos de allí. Pero digamos que el centinela, huyendo de la lluvia, se había metido en la garita. Thenardier, no pudiendo distinguir sus rostros, prestó oído á sus palabras con la atención desesperada de un miserable que se siente perdido.

Entonces vió pasar por delante de sus ojos una cosa semejante á la esperanza: aquellos hombres hablaban en caló.

El primero decía en voz baja, pero muy claramente:

—Nagémonos. ¿Qué querelamos *icigo*? (1).

El segundo respondió:

—Bisela hasta apagar el benguistano; los ganchos avillarán y allí hay un junbo aplacerado á la coba, diquela nae esgabarren mangue *icicaille* (2).

Estas dos palabras, *icigo* é *icicaille*, que pertenecen la primera al caló de las barreras y la segunda al caló del Temple, fueron dos rayos de luz para Thenardier. En la primera conoció á Brujón, que era vago de las barreras, y en la segunda á Babet, que, entre sus varias profesiones, era prendero en el Temple.

(1) Vámonos. ¿Qué hacemos aquí?

(2) Llueve hasta apagar el infierno; los polizontes vendrán y allí hay un soldado de centinela; mira no nos prendan aquí.

El antiguo caló del gran siglo no se habla ya en el Temple y Babet era el único que le hablaba en toda su pureza. Sin esta palabra, Thenardier no le hubiera conocido porque había desfigurado completamente la voz.

Mientras tanto el tercero tomaba parte en la conversación.

—Nada nos apremia; esperemos un poco. ¿Quién nos dice que no necesita de nosotros?

En este lenguaje, que era el francés ordinario, Thenardier conoció á Montparnase, que ponía su elegancia en comprender todos los géneros de caló y no hablar ninguno.

En cuanto al cuarto, callaba; pero sus anchas espaldas le denunciaban. Thenardier no dudó un momento: era Tragamar.

Brujón replicó casi impetuosamente, pero siempre en voz baja:

—¿Qué sinas garlando? O julai n'asti najarse. Na chanela mistós de chanelería. Quebrar á talarosa y riquelar as sábanas somia querelar yeque guindala, querelar chirros andré as bundales, querelar papeles calabeosos, maestras, quebrar ciseles, luanar á guindala d'abri; sonajarse; vadearse: somia ocono ha á sinelar baró choré. O batu na terelará astis querarlo. Na chanela traginar (1).

Babet añadió, hablando siempre en el caló clásico en que hablaban Poulaille y Cartucho, y que es al caló atrevido, nuevo y brillante que hablaba Brujón,

(1) ¿Qué estás hablando? El posadero no ha podido escaparse. No sabe bien el arte. Romper la ropa y rasgar las sábanas para hacer una cuerda, hacer agujeros en las puertas, hacer falsos papeles y llaves falsas, romper los grillos, atar la cuerda por fuera, ocultarse, disfrazarse: para esto hay que ser muy largo. El viejo no habrá podido hacerlo. No sabe trabajar.

lo que la lengua de Racine es á la lengua de Andrés Chénier.

—O julai amangue sina trincao. ¡Ha á sinelar baró choré! y sina ó yeque chavelo. Sinara jonjabado por yeque chinel, pur na por yeque chaviro vadeado de baro batu. Montparnase, ¿junelas ocolas gritadas? ¿Diquelas ocolas urdifelas andré ó estari-pel? Ocono sina sos tirela esgabarrao. ¡Bahl Sinará apelao á tullosa. Menda na terele dal; na sio mandrial; acana chanelamos lo sos sina; na astimos pirrel por o julai y sinaremos esgabarraos. Na niquelas, andivela sat mangue á piyar de peñascaró (1).

—No se debe dejar á los amigos en el peligro,— murmuró Montparnase.

—Penelo sos sina trincao. A ocana o julai n'acombrá yeque pasmanró. Na sina astio querelar chi. Nagémonos. Penchabelo sos sinao esgabarrao por yeque chinel (2).

Montparnase sólo hacía resistencia débilmente. El hecho es que aquellos cuatro hombres, con esa fidelidad que tienen los bandidos para no abandonarse nunca mutuamente, habían estado rondando toda la noche al rededor de la Fuerza, á pesar del peligro, con la esperanza de ver salir por algún tejado á Thenardier.

Pero la noche, que era para ellos muy hermosa,

(1) Tu posadero está cogido. ¡Es preciso ser muy largol y él es un aprendiz. Le habrá engañado algún alguacil ó tal vez un borrego que se habrá hecho su compadre. Montparnase, ¿oyes esos gritos?, ¿ves esas luces en la cárcel? Eso es que está ya preso. ¡Bahl Será condenado á cadena. Yo no tengo miedo; no soy cobarde; ya sabemos lo que es; no podemos hacer nada por él y seremos cogidos. No te incomodes; anda, ven con nosotros á beber aguardiente.

(2) Os digo que está cogido. A estas horas el posadero no vale un ochavo. No podemos hacer nada. Vámonos. Me figuro que me están cogiendo los corchetes.

era un turbión que tenía todas las calles desiertas; el frío que los entumecía, sus vestidos mojados, su calzado roto, el ruido inquieto que había estallado en la cárcel, las horas que habían pasado, las patrullas que habían visto, la esperanza que iban perdiendo, el miedo que se iba apoderando de ellos; todo esto les impulsaba á retirarse. El mismo Montparnase, que era un poco yerno de Thenardier, cedía ya. Un momento más y se hubieran ido. Thenardier estaba anhelante sobre la tapia como los náufragos de la *Medusa* en la balsa, viendo pasar el buque y desaparecer en el horizonte.

No se atrevía á llamarlos; un grito que se oyese podía perderlo todo; se le ocurrió una idea desesperada; un relámpago. Sacó del bolsillo el cabo de la cuerda que Brujón había dejado en la chimenea del Edificio nuevo, y le tiró á la cerca de la empalizada.

La cuerda cayó á los piés de los ladrones.

—¡Una viuda! (1)—dijo Babet.

—Mi guindala (2)—gritó Brujón.

—Ahí está el posadero,—dijo Montparnase.

Levantaron la vista. Thenardier sacó un poco la cabeza.

—¡Pronto!—dijo Montparnase.—¿Tienes el otro pedazo de cuerda, Brujón?

—Sí.

—Ata los dos cabos, le echaremos la cuerda; la sujetará á la pared y tendrá la suficiente para bajar.

Thenardier se arriesgó á hablar.

—Estoy transido.

—Te calentarás.

—No puedo moverme.

—Te deslizarás y nosotros te recibiremos.

(1) Una cuerda.

(2) Mi cuerda.



—Tengo las manos hinchadas.

—Ata solamente la cuerda á la pared.

—¡No podré!

—Es preciso que uno de nosotros suba,—dijo Montparnase.

—Tres pisos,—dijo Brujón.

Un viejo conducto de yeso que había servido para una chimenea que se encendía en otro tiempo en la barraca, subía por la pared hasta el sitio en que estaba Thenardier. Este conducto, todo lleno de grietas y agujereado, se ha arruinado después, pero todavía se ven sus restos. Era muy estrecho.

—Por ahí podría subirse,—dijo Montparnase.

—¿Por ese tubo?—exclamó Babet;—es imposible que suba un manú (1); sólo podría hacerlo un chaval.

—Sólo un chaval,—repitió Brujón.

—¿Y dónde encontrarle?—preguntó Tragamar.

—Esperad,—dijo Montparnase.—Yo le tengo.

Entreabrió suavemente la puerta de la empalizada, se aseguró de que no pasaba nadie por la calle, salió con precaución, cerró la puerta tras de sí y partió corriendo hacia la Bastilla.

Pasaron siete ú ocho minutos, que fueron ocho mil siglos para Thenardier; Babet, Brujón y Tragamar no despegaban los labios. Abrióse, por fin, la puerta y entró Montparnase sofocado conduciendo á Gavroche. La lluvia tenía todavía la calle desierta.

Gavroche entró en el recinto y miró aquellas figuras de bandidos con aire tranquilo. El agua le chorreaba por los cabellos. Tragamar le dirigió la palabra:

—Chaval, ¿sinas manú? (2).

(1) Hombre.

(2) Chiquillo, ¿eres hombre?

Gavroche se encogió de hombros y respondió:

—Un chaval sasta mande sina un manú y manuces sasta sangue sinan chavales (1).

—Baró parla el chaval (2),—dijo Babet.

—El chavoró é París no es gilí (3),—añadió Brujón.

—¿Qué queréis que haga?—dijo Gavroche.

Montparnase respondió:

—Subir por ese conducto.

—Con esta viuda,—dijo Babet.

—Y luar la guindala,—continuó Brujón.

—A lo alto de la pared,—volvió á decir Babet.

—Al través de la ventana,—añadió Brujón.

—¿Y después?—preguntó Gavroche.

—Nada más,—dijo Tragamar.

El pilluelo examinó la cuerda, la chimenea, la pared, las ventanas, é hizo ese inexplicable y desdeñoso ruido con los labios, que significa:

—¿Y qué vale eso?

—Allá arriba hay un hombre, á quien salvarás.

—¿Quiéres?—preguntó Brujón.

—¡Chaval!—respondió el muchacho, como si le pareciese extraordinaria la pregunta, y se quitó los zapatos.

Tragamar cogió á Gavroche de un brazo, le puso en el tejado de la barraca, cuyas tablas carcomidas se doblaban bajo el peso del niño, y le dió la cuerda que Brujón había atado durante la ausencia de Montparnase.

El pilluelo se dirigió al tubo, en el cual era fácil penetrar por una ancha abertura que tenía cerca del

(1) Un chiquillo como yo es un hombre, y hombres como vosotros son chiquillos.

(2) ¡Bien habla el chiquillo!

(3) El hijo de París no es tonto.

tejado. En el momento en que iba á subir, Thenardier, que veía aproximarse la salvación, se inclinó hacia fuera; la primera claridad del día blanqueaba su frente inundada de sudor, sus pómulos lívidos, su nariz afilada y salvaje y su barba gris erizada; Gavroche le conoció.

—¡Calla!—dijo,—¡es mi padre! ¡Bah, no importa!

Y cogiendo la cuerda con los dientes, principió resueltamente la subida.

Llegó á lo alto del paredón, se montó en él como en un caballo, y ató sólidamente la cuerda á la viga superior de la ventana.

Un momento después, Thenardier estaba en la calle.

Así que puso los piés en el suelo, así que se vió fuera de peligro, no se sintió cansado, ni transido, ni tembloroso: las cosas terribles por que había pasado se desvanecieron como el humo; toda su extraña y feroz inteligencia se despertó, y se encontró de pie y libre, dispuesto á marchar adelante. Véase, pues, cuáles fueron las primeras palabras de aquel hombre:

—Y ahora, ¿qué vamos á comer?

Es inútil explicar el significado de esta horrible frase, horriblemente clara, que quiere decir á la vez: matar, asesinar, robar. *Comer*, es decir, *dévorar*.

—Chivarémonos bien,—dijo Brujón.—Acabemos en tres palabras y nos separaremos en seguida.

Había un negocio de buena cara en la calle de Plumet; una calle desierta, una casa aislada, una verja podrida que da á un jardín, mujeres solas.

—¡Y bien! ¿Por qué no?—preguntó Thenardier.

—Tu dugida (1) Eponina ha ido á verlo,—respondió Babet.

(1) Hija.

—Y ha dado un bizcocho á la Magnón,—añadió Tragamar.—No hay nada que maquilar allí.

—La dugida no es gili,—dijo Thenardier.—Sin embargo, bueno será verlo.

—Sí, sí,—dijo Brujón,—lo veremos.

Mientras tanto, ninguno de estos hombres se acordaba de Gavroche que, durante este coloquio, se había sentado en uno de los guardacantones de la empalizada; esperó algunos instantes, quizá á que su padre se volviese hacia él; después se puso los zapatos, y dijo:

—¿Tengo más que hacer? Ya os saqué del apuro. Me voy. Tengo que ir á cuidar de mis párvulos.

Y se fué.

Los cinco hombres salieron uno tras otro de la empalizada.

Quando Gavroche hubo desaparecido por la esquina de la calle de Ballets, Babet se llevó á Thenardier aparte.

—¿Te has fijado en ese chavalillo?—le preguntó.

—¿Qué chavalillo?

—El que ha escalado la pared y te ha llevado la cuerda.

—No mucho.

—Pues bien, no sé, pero me parece que es tu chabó.

—¡Bah!—dijo Thenardier.—¿Lo crees tú?